Memorias / La Tribu

Pablo Antonio Cuadra

Las memorias son ficciones del ego,
mejor que sean poemas: invenciones
más puras. PAC.

En aquel tiempo nuestra juventud regresaba de una
temporada en el infierno
Comenzaban las Grandes Palabras, temidas por Joyce, a
desenvainar sus homicidios.
Una guerra. Una generación débil y desdichada
obligada a cargar de nuevo el inmenso cadáver de la
Esperanza.
Fue entonces que un ángel nos llevó aparte para enseñarnos
a purificar las palabras de la Tribu.
(Darío había regresado a nuestras playas
con "los azoramientos del cisne entre los charcos".
Sobre la vieja cama de su agonía estaba todavía abierto el
antifonario:
"¡Oh Señor Jesucristo! ¿por qué tardas? ¿qué esperas?"
¡Era el grito de nuestra impaciencia!).
Era el grito de nuestra generación.
Dibujábamos sobre la arena del circo la figura del Pez y
nos reconocíamos
—nos reconocíamos por el hambre como se reconocen
los mendigos—
pero el tren corría hacia los tristes horizontes
y en los postes telefónicos se balanceaban los ahorcados.
Pagaban el precio de nuestras culpas,
el precio de nuestros sueños.
Siglo cruel. "Fréres humains, qui aprez nous vivez,
n'ayez les coeurs contre nous endurciz"[1]
(no hagáis gala de duro corazón).

...Años después oí a un sacerdote de la liberación
desdeñar a un amigo que por hambre había
servido a los Somoza:
"La Revolución no tiene amigos!", le dijo.
Y yo intervine y le pregunté:
—Si una revolución no se hace para la amistad
del hombre
¿para qué mierda sirve?... ¡"Fréres humains..."!.

Fue entonces que recorrimos paso a paso, las frías losas
de Notre Dame
rezando el Vía Crucis de un extraño converso:
Un hombre llamado Pablo[2] que encontró a Cristo a
través de las blasfemias de Rimbaud.
Fue entonces también que los truenos de Léon Bloy
quebraron los vitrales del templo antiguo
("áspero como la verdad" nos dijo en sus Raros, Darío)
"rugiendo en el vacío", descendiendo
de la ebúrnea torre a la ingrata mendicidad
—arte contra el Arte— "ese parásito aborigen
en la piel de la primera serpiente".
...Fue entonces que llegó a nosotros Azarías[3]
a quien llamamos "nuestro Archipreste"
y a quien enloquecía Francis[4] —el de Tournay— con su
cielo aldeano
(el mismo delicado azul del cielo nicaragüense pisoteado
por los Coroneles y los Generales).
Fue entonces que conocí a Peguy[5] con su carbón encendido
quemando los labios de la conformidad
porque este mundo moderno
"no es solamente un mal mundo cristiano,
sino un mundo incristiano, a - cristiano,
absolutamente anti - cristiano", decía.
Y nos pedía el asombro de la poesía
el inefable asombro de la primera noche
cuando unos nobles seres luminosos
anunciaron a unos pastores
el nacimiento de ese ineludible desconocido.
Eran
los primeros vientos del movimiento de renovación.
El profesor jesuita Jaime Castiello nos sentó en el aula
llena de brisas y rumores lacustres
y levantó, ante nuestro asombro, el velo del misterio:
"La Naturaleza es templo de cuyos cimientos suben
—de tiempo en tiempo— palabras oscuras"...
Tierra, aire, agua y fuego eran columnas
de un bosque de inéditas correspondencias
mientras nosotros, jubilosos,
perseguíamos los infinitos enlaces
entre la mujer y el adjetivo.
Teníamos 18 años. Pensé entonces:
La Naturaleza alcanza la perfección de sus formas
en el Caracol y el Árbol, el Caballo y la Mujer.
"Pero vuela un pájaro —corrigió el maestro—
y es tuyo el infinito
azul".

Teníamos 18 años y éramos
los buscadores de la Belleza
splendor veri, nos decían los platónicos
splendor ordinis, decía San Agustín
splendor formae, decía Santo Tomás.
"El diablo tiene

[1] Verso de François Villon.
[2] Paul Claudel, poeta francés.
[3] Azarías H. Pallais, poeta nicaragüense.
[4] Fancis James, poeta francés.
[5] Charles Peguy, poeta francés.

un odio sobrenatural a la naturaleza y se vale del arte para
mostrárnoslo",
nos advertía Maritain.
Teníamos entonces 18 años.
Luis Alberto Cabrales[6] llegaba de París
con libros fragantes para remover el envejecido París dariano:
Él tradujo «La noche» de Peguy, ese "invento de la
sagacidad de Dios".
¡Ah!... desde entonces, cuando tú escuches en un poema mío
el rumor de estrellas y tinieblas de las noches nicaragüenses
piensa que fue un lejano hermano de Francia quien
colocó sobre mis hombros
esa nocturna capa pontifical que pesa siglos y sueños
infinitos.
Cabrales fechaba su fe de hierro en 1523.
Con tanto indio, con tanto africano en sus venas,
el hidalgo don Pío Castillo de la Llana, su antepasado,
prevalecía en su corazón mudéjar con la espada en la mano
repitiendo en altas y sonoras voces:
"Si hay alguna persona que pretenda negar este Evangelio,
salga conmigo a singular combate!".
Eran años militares
Legiones de pies embotados marchaban
con el terrible paso mecánico de los hombres que saben
que pasan sobre cadáveres.
Los pies del mundo eran los pies de Caín.
"Sentíamos, con Demián, cercano y perceptible ya
un ocaso de lo actual y una nueva aurora".
—"Me joden los cóndores", nos había dicho Vallejo.
Y Gerardo nos alertaba sobre el hombre guillermosecundario
cuyos cuchillos duelen en el paladar.
Conocí a Gerardo Diego en Santander ejecutando a Pulcinelli
en un piano de sobrecogedoras beatitudes
¡nunca dí con un poeta tan diferente a su poesía!
Entre más parpadeaba, más seguridad adquirían sus adjetivos.
Entre más timidez, era mayor la osadía de sus metáforas.
Conocí en España, también, a Evelyn Waugh, el novelista
inglés.
Por el equívoco de su nombre le llevaron al muelle en África
un ramo de rosas creyéndolo mujer.
Enrojecía cuando le elogiaba su obra.
Era un católico británico
tímido como todos los británicos
y terco como todos los católicos británicos.
Toreamos al alimón un becerro en Salamanca
Nada nos unía salvo aquel pañuelo blanco
frente a los cuernos de Mefistófeles
que me recordarían a Max Jacob en París hablando del diablo
ermitaño
y su hoz de luna que corroe las rocas
(se le apareció Cristo en un cine!).
En cambio Cocteau[7] irónico, olfateando la celebridad con
su nariz de mirlo,
nos señaló proyectada en la pared la joroba de un ángel.
Luego cambió. Descendió a los infiernos con Orfeo
y yo no sé si falsificó una conversión cuando dijo:
«La poesía, Dios mío, eres tú».

[6] Luis Alberto Cabrales, poeta nicaragüense.
[7] Jean Cocteau, poeta francés.

Ingenial como Cocteau
Coronel el chispeante
cambiante
versátil maromero
mi maestro José Coronel Urtecho
todos los días exorcizaba un demonio
a quien había acogido como ángel
y "tantas veces dijo Ecce Homo frente al espejo
que nunca supo cuál de los dos era el verdadero
si acaso era alguno".[8]

Tú ya no lo recuerdas.
En mi juventud —pasadas las tinieblas—
los poetas preguntaban a Felipe:
—"¿Dónde mora el Señor?". —"En Europa
sólo tú no eres viejo, oh Cristianismo", cantaba Apollinaire.
Pero en mi ancianidad la moda es la blasfemia de barba
blanca.
Estaba escrito: "He de sufrir de los ancianos,
de los escritores y de los sacerdotes" (Mateo 2).
Y Joyce[9] nos anunciaba "una horda de herejías
con mitras medio caídas".
Pasó a mi derecha, buscando una patria, Stefan Baciu[10] el
rumano.
Pasó a mi siniestra la corneja cantándole utopías a los poetas.
Lezama[11] desde su gordura sufriente nos escribía
atravesado de flechas marxistas: "urge que cambiemos el
futuro
urge adelantar el desengaño.
Viene la repetición y debemos adelantarnos.
Debemos adelantarnos.
Este es el fin. Ya no habrá generaciones
sino degeneraciones".
Jorge de Lima[12] llegó también pidiendo a Dios un caballo
para dirigirse a Damasco
y así cayó
en los brazos de su Anjo – da – Guarda.
"Louvado seja N.S. Jesús Cristo
e a Mãe d'Ele, Nosa Senhora, minha madrinha!".
Atrapado por el cáncer, Jorge arrojó su ingenua profecía
contra una América erizada de armas:
"Las ametralladoras serán fundidas
y se transformarán en velocípedos para los niños huérfanos".
De otro temple, de otra materia agresiva y compasiva
se me viene ahora el recuerdo de Francisco[13] mi hermano,
mi compañero
cuando buscábamos en la lejana inocencia de las aldeas
el decir y el cantar de nuestro pueblo.
Francisco, nuestro rebelde Bloy mulato, golpeó con sus
puños impacientes las puertas eternas.
Dios en persona le abrió. ("Voy a ser otro", me dijo en su
agonía
y no sé si creía que iba a sanar

[8] José Coronel Urtecho, poeta nicaragüense.
[9] James Joyce, novelista y poeta irlandés.
[10] Stefan Baciu, poeta y crítico rumano.
[11] José Lezama Lima, poeta cubano.
[12] Jorge de Lima, poeta brasileño.
[13] Francisco Pérez – Estrada, poeta nicaragüense.

o si me hablaba de su resurrección.
Luego Mario[14], nuestro experto en metáforas,
conoció a otro fulminante mensajero
que le arrebató a su linda hija
y tuvo fe para bendecir a Dios.
"Sólo yo sé lo que me cuesta" me dijo.
Pero el día que ella murió
los científicos descubrieron una nueva galaxia.
¡Ya vamos quedando pocos,
muy pocos poetas
aferrados al parpadeante "lucero puro
que brilla en la diadema de la muerte".[15]
Recuerdo una tarde lluviosa metida en lágrimas:
Azarías[16] debía regresar a su Brujas de Flandes. Fue su
despedida.
Me señaló en la penumbra de la iglesia el rostro de la Señora
—el rostro más parecido al de Cristo—[17]
y me dijo: "Ella es la Madre del Verso".

Fueron años negros. Stalin mataba
Hitler mataba
Somoza también mataba.
Las legiones marchaban triturando
el Antiguo y el Nuevo Testamento
Recuerdo a Gertrud Von le Fort[18] tan pálida por el exilio
pero fuerte en su fe. —¡No he conocido
un genio de llama tan pura y luminosa como esta mujer
que me escribía con bella letra germana
llena de firmeza en su debilidad de "última en el cadalso"!
Fueron años negros.
Y fue en el oscuro fondo de su desesperanza
que Rouault[19] pintó como quien abre una ventana entre la
Osa y las Pléyades
la Serena Faz. Fue la mirada de ese rostro
en el vitral de la noche
fue una naranja musical que arrojó a la calle, a mi paso,
Erik Satie[20]
—como el salto de un gato angélico sobre un piano—
fue aquel poema que me leyó Alfonso Cortés[21] demente
con los ojos en éxtasis a la orilla de una ventana en una calle
leonesa
fue Pascal en el comentario de Romano Guardini
o fue Dante...
porque Dios pasa a tu lado
—conversando entre sus Tres Personas—
no en la pretenciosa tempestad, ni en el rayo
autocrático
sino en la humilde brisa
(en puntillas)
como aquella Sor María ¡oh![22]
aquella hermanita cualquiercosa
que bordaba uvas y espigas sacramentales
¿qué puede el ruidoso domador de palabras,
qué puede decir de este cielo – en – tierra,
cursimonjita, ¡y sin embargo
tú correrías por los tejados si vieras el monstruo
que ella dominaba con un hilo! Y aquí oscilan
"los fides" —dice Gerard Manley[23]— "resbalan",
y "los sin fe fabulan y yerran", ¡oh Sor María!
¡oh Sor María!... ¡oh Sor María!

Todos huíamos de algo en la edad de los exilios
Parecía terminado el diluvio y Noé abrió la ventana
y entraron rompiéndose las alas la paloma y el cuervo.
Huyendo del tirano llegué a México
en la negra decena de los 40.
(La corrupción mexicana
nos sumergió en una tosigosa capa de sarcasmos
—la Sátira:
ceniza de las Utopías—).
Un hombre había dado su espíritu a la Revolución.
"Casi todo lo bueno que en México tenemos ahora
es fruto de su vastísima mirada"
me decía Pellicer[24]. Pero ese hombre
ahora maldecía la Revolución.
Y lo maldecían. Era José Vasconcelos.
Era el hombre de fuego que Orozco pintó en la cúpula
del Hospital de Cabañas.
—"¿Cómo pusiste tus esperanzas en un Generalísimo?"
me dijo, derribando mis apasionamientos católicos por la
rebelión de Franco.
Porque fue su precavida voz civil
la que me dio a conocer el peligro de la espada; peligro
que no se manifiesta en el filo de su espiga
sino en su empuñadura, allí donde la mano
cobra conciencia del dominio. Y su inflamada
voz civil condenaba a los Generales de la zaga mexicana
a la mediocridad perpetua:
"Aquí donde toda riqueza es posible
sólo es ya posible la pobreza; aquí
donde todo sueño ha sido cultivado
somos un desierto sin metafísica".
Ebrio de Cristo, recién convertido, me dijo una tarde:
"Triste América,
en el amanecer de tus revoluciones
tus héroes fusilan
Y en el ocaso roban!"

Tom fue otra cosa. Tom Merton[25]
subía la Montaña de los Siete Círculos
cuando fue arrebatado. Lo conocí
en el silencio de la Trapa, en Getsemaní, en los pastos
azules de Kentucky,
con su tosca chamarra de labrador
sobre su inmaculado hábito de trapense.
Trataba de salvar la hendidura geológica de América
entre la creación y el plagio.

[14] Mario Cajina – Vega, poeta nicaragüense.
[15] Verso de Rubén Darío.
[16] Azarías H. Pallais.
[17] Verso de Dante Alighieri.
[18] Gertud Von Le Fort, poeta y novelista alemana.
[19] Georges Rouault, pintor francés.
[20] Erick Satie, músico.
[21] Alfonso Cortés, poeta nicaragüense.
[22] Sor María Romero (nicaragüense).
[23] Gerard Manley Hopkins, poeta jesuita inglés.
[24] Carlos Pellicer, poeta mexicano.
[25] Thomas Merton (Fray Louis), poeta trapense norteamericano.

Buscaba al indio (como Benito en Europa buscó al campesino)
para unir los bordes sangrantes de la universalidad herida.
América: un Occidente
de regreso a la humildad. América:
el grito de dignidad de la pobreza.
Lo rodeaban muchachos que habían regresado
con canas en las sienes de los cielos de Hiroshima,
ejecutivos sucios de números que venían de lavarse el polvo
del Mercado, en la secreta "fonte",
amores, dulces memorias,
filosofías crepitando en las brasas del incensario
y a la hora de maitines, anticipando
el amanecer, arcángeles labradores
se levantaban de sus lechos a fabricar la Esperanza.
La Trapa es silencio, pero le permitieron hablarme:
"La Belleza que produce el poeta es parte del Reino",
me dijo.
Luego me alertó, en una carta, contra los Gigantes
contra Gog
y Magog
(porque el hombre de América no ha superado la etapa de
los Gigantes).
Y hablamos bajo la luna de la fundación de Solentiname.
Pero ya no vio a Ernesto[26] de boina y metralleta
convertir su sueño benedictino en una escuela
donde se enseñaba a matar con amor.
En su última carta Tom me anunció que viajaba al Asia
(trazaba su sueño
sobre la vieja ruta al Austro que salía de Granada, puerto
nicaragüense,
puerto de soledad donde los barcos se anuncian pero
desaparecen)
porque él quería regresar y morir en Nicaragua:
"garganta pastoril de América".
Pero en la oscuridad de su noche, tocó las torres
de alta tensión del siglo XX
y quedó fulminado. ¡Aún no acabo
de reponerme de su muerte eléctrica!
Luego, cuando el recuerdo de Merton es ya una escultura de
tiempo
que se desmorona en olvidos
Cuando busco fotografías que aprisionen su realidad entre
fechas,
surge Eliot[27], casi viviente, entreverado con quienes fueron
sus amigos
y mis amigos: como Archivald McLeish
o su confidente, el padre de Grace Schulman ("Burn Down
the Icons", mi maravillosa traductora)
¡Tanto Eliot leído en cátedra, señalándome sueños favorables
y ayudándonos a "explorar la bondad, comarca inmensa"
"Veinte años
tratando de aprender a usar palabras".
Muchas veces he pensado si sólo leí a Eliot o si la lectura es
.una amistad secreta.
También él reclamaba los ojos del indio para mirar nuestra
civilización enrarecida de racionalismo.
"Redeem the time, redeem the dream"
—redime el tiempo, redime el sueño— nos repetía Eliot
y subían al barco voces nahuas y quichuas,
voces aymaras, voces mayas y mískitas,
y decían: "superemos el logos en el ágape"
y se escuchó en la apretujada tripulación
—de los desterrados—
el canto de la Salve. Cruzábamos
la vigilia y mirábamos en el mástil
al muerto levantado en alto. Su luz
pálida
nos reanimaba en la tiniebla
o en la culpa —esa hija de la noche.
Y el viento gemía. El viento
que mueve lo mismo un mar que una margarita
y rezábamos
"ea! pues, Señora
vuelve tus ojos"
y esa era el alba
y la luz eran sus ojos
los que devuelven a la fe la certidumbre
"after this our exile"[28]
—después de este destierro—

1985/1993
Las Colinas
Managua

[26] Ernesto Cardenal, poeta nicaragüense.
[27] T. S. Eliot, poeta norteamericano.
[28] Verso de Eliot en "Miércoles de Ceniza".